



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

LUIS R. SEOANE

ESCRITORES

Director
Enrique Labarta

POR
VARIOS
GALLEGOS
DE
BUEN
HUMOR

Urbano G.



Orador de valimiento
y escritor pulcro, atildado;
muy culto, muy ilustrado,
y con ciencia y con talento.

NÚMERO SUELTO, 15 CÉN



Invocación á Junio — Recuerdos del tiempo viejo.— Algo sério y mucho bárbaro.— En todas partes cuecen habas.— Una miss... hasta cierto punto — Cosas de poco momento.— Cosas centrifugas.

Junio es un mes de infortunio; palabras que en él se dan vienen con San Juan en Junio y con San Pedro se van.

Así dijo Zorrilla, que es, no de las golondrinas, sino de los ruiñones que se van y no vuelven, y, aunque esto sea «cantar como querer», es indudable que nada tiene de «coser y cantar» el hacer versos impercederos, y sinó ahí está Labarta que no me dejará mentir.

Fácil es coser, aunque ya no existan sastres como el de Campillo, que «cosía de balde y ponía el hilo», pero ¡lo que es cantar... bien, por supuesto!... Aquí está, para no darme mentir tampoco, Matilde Betel, una *miss* de *cabe* á Monforte, capaz de volver locos á los hidalgos de su tierra y al mismo Vicetto si por fortuna suya la hubiese conocido para hacerla personaje de alguna de sus leyendas.

Pero...

vienen con San Juan en Junio y con San Pedro se van, aunque yo creo, pese á Zorrilla — que ya no le pesará por desdicha — que eso de palabras ni vienen ni van á ninguna parte. Les pasa precisamente lo mismo que al jugador de tresillo cuando dice al ver las cartas: «van y vienen»... solo que, según se explicaba el sargento de marras, es todo lo contrario.

En resúmen: palabras, palabras y palabras, que dijo Hamlet.

Los que van y vienen en Junio son los estudiantes.

Vienen los libres cuando se van los oficiales, y ¡cuántos hay ¡ay! — estos ¡ay ay! son de lo más flamenco — que al volverse al hogar, más ó menos doméstico, exclaman con Iriarte y el jaco de la fábula!

Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, quiero, amiga, que me digas ¿son de alguna utilidad? Pero... *suspendamos* aquí nuestro en previsión de lo que pueda

¡Qué recuerdos tiene para mí el mes de Junio!

Y nótese que hablo *subjetivamente*, dejando á un lado los recuerdos que á otros puedan asaltársele.

¡Qué desvelos, qué amarguras, qué apuros! ¡Y aquella campanilla sonando... *¿difunto!*

Suena campanilla, suena,
que me suenas en el alma!

Esto me hizo recordar una función de aficionados en el Liceo Rius, en la que formó parte del programa la pieza titulada «La campanilla de los apuros.»

¡Vamos, que al ver los que pasaron aquellos aficionados para *desempeñar sus papeletas*—que no papeles,—prefiero á eso mil veces cien apuros de Ley Hipotecaria aprendida al pié de la letra y en la Universidad de Santiago *por ende!*

Item más; en Junio hay otras idas y venidas en Galicia.

Los que madrugan para veranear, acudiendo á los incomparables puntos de baños que hay en toda Galicia (se entiende en el litoral) y los pobres segadores que llegan por docenas á Castilla para ganar un jornal mísero si se parangona con las calamidades y trabajos que sufren.

Respecto á los que van, solo digo que me parecen pocos. No creo que haya una costa relativamente pequeña como la gallega, que pueda reunir tan numerosos y encantadores parajes de esparcimiento, frescura, salubridad y poesía, como los que festonean con esplendidez idílica el litoral de Galicia. Pero todo en Galicia es *naturaleza*; nada hay que demuestre el artificio humano que, aprovechando lo que *natura* presta, añade á la belleza el *arte* y la ostentación al mérito. No importa que las playas g?

tan hermosas si es en ellas la vida tan incómoda?

Y aún valiendo mucho ¿para qué sirve si permanecen desconocidas para la generalidad de la gente rica que prefiere la vida de San Sebastian, *postdata* (más cara que la carta) de la de Madrid; la fingida *des-habillé* del Sardinero, y la insustancial y extranjera de Biarritz, y de los balnearios de Lonchon y Bagnères de Bigorre?

En cuanto á los infelices segadores ¡más, más valiera que no vinieran!

Si después de un viaje penoso, ya á pié, ya hacinados en los inmundos vagones que la Compañía del Norte dedica á su transporte, han de sufrir las chanzas estúpidas de la *chulería* de estos barrios, los abusos de comerciantes y posaderos, los timos escandalosos que tanta gracia causan aquí, como si el robar á aquellos honradísimos trabajadores no fuera más indigno que el robar el alfiler ó el reloj á un *señorito* pisaverde de los que pierden el tiempo en las aceras, y, sobre todo las salvajadas que, como la de no recuerdo que pueblo de la provincia de Cuenca, hacen la apología de la civilización *superior* que esta gente cree tener, y dan idea perfecta de la hospitalidad que aquí se presta á los que vienen á trabar en beneficio de ella... ¡más valiera, sí, mil veces, que no vinieran!

Pero, *necitas caret lege*. Que bien puede traducirse con el otro: «la necesidad tiene cara de hereje.»

Y los autores de la fechoría de marras, *la tuerca* de herejes:

saltó la tapia para coger cerezas de la propiedad de aquella fúria.»

¡Demontre! ¡Si tendrá esto algo que ver con aquello de «los socios hembras» del Centro Gallego!

Porque una mujer así tiene méritos más que suficientes para ser «sócio hembra» en cualquier parte. Incluso en la sociedad domiciliada en la calle de Quiñones.

Y tiene más méritos todavía. Porque es más que el Alcalde de Madrid. ¿No dicen que *extr...anguló* á una niña?

Pues la cosa está clara:
que el Alcalde de esta villa
es solo un niño de teta:
porque es un Angulo *simple*,
y ella es un Angulo. . *extra!*

Matilde Pretel, que si no es gallega, vivió muchos años en Monforte, salió para Barcelona, dejando aquí, al decir de «La Correspondencia» tantas simpatías, como aplausos obtuvo en el teatro de la Zarzuela interpretando la protagonista de la ópera *Miss Helyett*.

Es indudablemente una artista de mérito, que *en conjunción* con Granés, han dado mucho dinero á la empresa, muchos aplausos á ella, aplausos, dinero y fama á Granés y al público muy sabrosos ratos re-

presentando la ocurrentísima *Miss Helyett*.

Francamente, con un autor como Granés y una actriz como la Pretel, cualquiera se mete á empresario.

¿Es un buen autor Granés?
Yes.

Y la *miss* que por su traza á mí me ha puesto en un tris, yo creo que es una *mistificación* de la raza.

De las Cortes, de Bosch, de Lagartijo y otras frivolidades, no quiero hablar. Todo ello es, en definitiva, cuestión de *monises* que hemos pagado y que ¡ay! no volverán «nuestro exhausto bolsillo á visitar;» porque las Cortes están con los presupuestos, Bosch con unas cuentas del Ayuntamiento y Lagartijo con los miles de duros del *mico* de la coleta.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! que me disipo!
¡Ay! ¡ay! me lleva *pateta!*
¡Ay! ¡ay! que ya me entra el hipo por eso de la coleta!

¿Y el Centro Gallego de Madrid? Aplicando la ley Naquet.
¡Cosi va il Centro!

PEDRO PONCE
(José E. Acuña)

En mi existencia amarga
el sol de la esperanza está ya muerto;
y solo alumbra mi desierta senda
oscular de los recuerdos.

J. Barcia Caballero

UN JORNALERO

SALIA Fernando Vidal de la Biblioteca de N** donde había estado trabajando según costumbre, desde las cuatro de la tarde.

Eran las nueve de la noche; acababa de obscurecer.

La Biblioteca no estaba abierta al público sino por la mañana.

Los porteros y demás dependientes vivían en la planta baja del edificio y Fernando, por un privilegio, disfrutaba á solas de la Biblioteca todas las tardes y todas las noches, sin más condiciones que estas: ir siempre sin compañía, correr por su cuenta, con el gasto de las luces que empleaba, y encargarse de abrir y cerrar, dejando al marcharse las llaves en casa del conserje.

En toda N***, ciudad de muchos miles de habitantes, industriosa, rica, llena de fábricas, no había un solo ciudadano que disputase ni envidiase á Vidal su privilegio de la Biblioteca.

Cerró Fernando como siempre la puerta de la calle con enorme llave y empuñando el manajo que ésta y otras varias formaban, anduvo algunos pasos por la acera, ensimismado, buscando, sin pensar en ello, el llamador de la puerta en la casa del conserje, que estaba á los pocos metros, en el mismo edificio.

Pero llamó en vano. No abrían, no contestaban.

Vidal tardó en fijarse en tal silencio. Iba lleno de sus ideas, que con él habían bajado á la calle dejando las frías páginas de los libros de arriba, la eterna prisión.

«No está nadie», pensó por fin, sin fijarse en que debía extrañar que no estuviese nadie en casa del conserje.

—Y que hago yo con esto!—se dijo, sacudiendo el manajo de llaves que le daba aspecto de carcelero.

En aquel momento se fijó en otra cosa. En que la noche era oscura, en que había faroles, tres, bien, lo recordaba, á lo largo de la calle y no estaba ninguno encendido.

Después notó que á nadie podía parecerle ridícula su situación porque por la calle de la Biblioteca no pasaba un alma. Silencio absoluto.

Una detonación lejana le hizo exclamar:

—¡Un tiro!

Y el tiro, más bien su nombre, le trajo á la actualidad, á la vida real de su pueblo.

—Cuando salí de casa, después de comer, en el café, oí decir que esta noche se armaba, que los socialistas ó los anarquistas, ó no sé quien, preparaban un golpe de mano para sacar de la cárcel á no sé que presos de su comunión y proclamar todo lo proclamable.

Debe de ser eso. Debe de estar armada.

¡Dios mio!—siguió reflexionando—si está armada, si aquí pasa algo grave, mañana acaso esté cerrada la Biblioteca, acaso no me permitan ó no pueda yo venir de tarde á terminar mis estudios del código en que he descubierto tan preciosos datos para la historia de los disturbios de los gremios de R*** en el siglo... ¡por vida del chápiro! Y si mañana no con-

cluyo mi trabajo, el número próximo de la Revista Sociológico-histórica sale sin mi artículo... y quien sabe si Mr. Flinder en la Revista de Ciencias morales é históricas de Zurich se adelantará, si es verdad, como me escriben de allá que ha visto este precioso documento ¡el año pasado, cuando estuvo aquí mientras yo fui á Vichy.

No, mil veces no; eso no puedo consentirlo; no es por vanidad pueril, es que esos socialistas de cátedra me son antipáticos; Flinder de fijo arrima el áscua á su sardina; de fijo lo convierte todo en sustancia, y dá los datos favorables para sus teorías que este códice contiene, quiere hacer una catedral, toda una prueba plena... y eso, vive Dios, que es profanar la historia, el arte, la ciencia... No, no; yo diré primero la verdad desnuda, imparcialmente, reconociendo todo lo que este manuscrito arroja de luz en la tan debatida cuestión... pero sin que sirva de arma para tirios ni troyanos. Me cargan los utopistas, los dopmáticos...

Sonó otro tiro.

«Pues debe de ser eso. Debe de haberse armado.» Vidal se aventura por la calle arriba. Al dar vuelta á la esquina, que estaba lejos de la Biblioteca, en la calle inmediata como á treinta pasos, vió al resplandor de una hoguera un montón informe, tenebroso, que obstruía la calle que cerraba la perspectiva. «Debe de ser una barricada.»

Al rededor de la hoguera distinguió sombras. «Hombres, con fusiles», pensó; «no son soldados; deben de ser obreros. Estoy en poder de los enemigos... del orden.»

Una descarga nutrida le hizo afirmarse en sus conjeturas; oyó gritos confusos, ayes, juramentos...

No cabía duda, se había armado. «Aquello era una barricada y por aquel lado no había salida.»

Deshizo el camino andado, y al llegar á la puerta de la Biblioteca se detuvo, se rascó detrás de una oreja y meditó.

«Mañana por fas ó por nefas, estará esto cerrado; mi artículo no podrá salir á tiempo... puede adelantarse Flinder... No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy.

Sonó á lo lejos otra descarga, mientras Vidal metía la gran llave en su cerradura y abría la puerta de la Biblioteca. Al cerrarse por dentro oyó más disparos, mucho más cercanos, y voces y lamentos. Subió la escalera á tientas, reparó al llegar en otra puerta cerrada, en que iba á obscuras, encendió un fósforo, abrió la puerta que tenía delante, entró en la portería contigua al salon principal, encendió un quinqué, de petróleo, que aún tenía el tubo caliente, pues era el mismo con que momentos antes se había alumbrado, entró con su luz en el salon de la Biblioteca, buscó sus libros y manuscritos, que tenía separados en un rincón y á los cinco minutos trabajaba con ardor febril, olvidado del mundo entero, sin oír los disparos que sonaban cerca. Así estuvo no sabía él cuanto tiempo. Tuvo que detenerse en su labor porque el quinqué empezó á apagarse; la llama chisporroteaba, se ahogaba la luz con una especie de bostezo de muy mal olor y de resplandores fugaces. Fernando maldijo su suerte, su mala memoria que no le había hecho recordar que tenía poco petróleo el quinqué... en fin, recogió papeles de prisa, y salió de la Biblioteca á obscuras, á tientas. Llegó á la puerta de la calle, abrió, salió... y al dar la vuelta para

cerrar, sintió que por ambos hombros le sujetaban sendas manos de hierro y oyó voces roncadas y feroces que gritaban:

—Alto!

—Date preso!

—Un burgués!

—Matarle!

«Son ellos—pensó Vidal—los correligionarios activos, prácticos de Mr. Flinder!»

En efecto, eran los socialistas, anarquistas ó Dios sabía quién, triunfantes, en aquel barrio á lo menos. Con otros burgueses que habían encontrado por aquellos contornos habían hecho lo que habían querido; quedaban algunos mal heridos, los que menos apaleados. El aspecto de Fernando que no revelaba gran holgura ni mucho capital robado al sudor del pobre, los irritó en vez de ablandarlos. Se inclinaban á pasarle por las armas y así se lo hicieron saber.

Uno que parecia cabecilla, se fijó en el edificio de donde salía Vidal y exclamó:

—Esta es la Biblioteca; ¡es un sábio, un burgués sábio!

—Qué muera! qué muera!

—Matarlo á librazos... Eso es, arriba, á la Biblioteca, que muera á pedradas... de libros, de libros infames que han publicado el clero, la nobleza, los burgueses para explotar al pobre, engañarle, reducirle á la esclavitud moral y material.

—Bravo, bravo!...

—Mejor es ponerle en una hoguera de papel...

—Eso, eso!

—Abrasarle en su biblioteca..

Y á empellones, Fernando se vió arrastrado por aquella corriente de brutalidad apasionada que le llevó hasta el mismo salón donde él trabajaba poco antes en aquel códice en que se podía estudiar algún relámpago antiquísimo precursor de la gran tempestad que ahora bramaba sobre su cabeza.

Los sublevados llevaban antorchas y faroles; el salón se iluminó con una luz roja con franjas de sombras temblorosas, formidables. El grupo que subió hasta el salón no era muy numeroso, pero sí muy fiero.

—Señores—gritó Vidal con gran energía.—En nombre del progreso, les suplico que no quemén la biblioteca... La ciencia es imparcial, la historia es neutral. . Esos libros... son inocentes... no dicen que sí ni que nó; aquí hay de todo... Ahí están, en esos tomos grandes, las obras de los Santos Padres, algunos de cuyos pasajes les dan á ustedes la razón contra los ricos... En ese estante pueden Udes. ver á los socialistas y comunistas del 48.. En ese otro está Lassalle... Ahí tienen ustedes *El Capital* de Carlos Marts. Y en todas esas biblias, colección preciosa, hay multitud de argumentos socialistas; el año sabático, el jubileo... la misma vida de Job .. no! la vida de Job no es argumento socialista. ¡Oh, no, esa es la filosofía séria, la que sabrán las clases pobres é ilustradas de siglos futuros muy remotos!...

Fernando se quedó pensativo, é interrumpió su discurso, olvidado de su peligro y el de la biblioteca. Pero el discurso, apenas comprendido

VARIETADES



—Oigalo Ud. bien, Directorcillo de *El Suspiro Poético*. Ud. podrá seguir dedicando versos á la niña hablándole de sus mejillas de rosa y de su cuello de cisne, pero á mi me queda el derecho de apretarle Ud. este pescuezo de ganso.



—Ea! Si me la dejas en las seis perras gordas, te llevo la cesta.



—Voy «á robar»
—¿Le han dado á usted algun destinito para Cuba?



(La misión en Vigo.)
Voces fuera.—¡Abajo el clero! ¡Mueran los car-
cundas!
—«Si no fuera por el divino papel que estoy
representando!..»



—¡Infame! Y para esto tanto decirme antes que
su mayor felicidad sería la de vivir siempre á mi
lado!



Lo que espera en 1.º de Julio á los empleados de
Hacienda más laboriosos.
(El pié es de Gamazo)

había producido su efecto. El cabecilla, que era un ergotista á la moderna, de café y de club; uno de esos demagogos retóricos y presuntuosos que tanto abundan, extendió una mano para apaciguar las olas de la ira popular...

—Quietos, dijo... procedamos con orden. Oigamos á este burgués... Antes que el fuego de la venganza, la luz de la discusión. Discutamos. Pruébanos que esos libros no son nuestros enemigos, y los salvas de las llamas, pruébanos que tú no eres un miserable burgués, un holgazán que vive como un vampiro, de la sangre del obrero... y te perdonamos la vida, que tienes ahora pendiente de un cabello...

—No, no; que muera... que muera ese... sofista, gritó un zapatero, que era terrible por la posesión de este vocablo que no entendía, pero que pronunciaba correctamente y con énfasis.

—Es un sofista! repitió el coro, y una docena de bocas de fusil se acercaron al rostro y al pecho de Fernando

—Paz. ! paz..! tregua... gritó el cabecilla que no quería matar sin triunfar antes del *sofista*. Oigamosle, discutamos...

Vidal, distraído, sin pensar en el peligro inmenso que corría, *haciendo* psicología popular, *teratología sociológica* como él pensaba, estudiaba aquella locura poderosa que le tenía entre sus garras, y su imaginación le representaba, á la vez, el coro de locos del tercer acto de *Jugar con fuego*, y á Mr. Flinder y tantos otros que eran en *último análisis* los culpables de toda aquella confusión de ideas y pasiones. ¡La lógica hecha una madeja enredada y untada de pólvora para servir de mecha á una explosión social!...» Así meditaba.

—Que muera! volvieron á gritar.

—No, que se disculpe... que diga qué es, cómo gana el pan que come...

—Oh! también como tú, tan honradamente como tú, gritó Vidal volviéndose al que tal decía, enérgico arrogante, apasionado, mientras separaba con las manos los fusiles que le impedían, apuntándole, ver á su contrario.

Le habían herido en lo vivo.

Después de haber tenido en su ya larga vida de erudito y escritor mil clases de vanidades, ya solo le quedaba el orgullo de su trabajo... No se reconocía, á fuerza de mucho *análisis de introspección* virtud alguna digna de ser llamada tal, más que ésta, la del trabajo ¡oh, pero esta sí! Tan bien como tú. Has de saber, que, sea lo que sea de la cuestión del capital y el salario, que está por resolver, como es natural, porque sabe poco el mundo todavía para decidir cosa tan compleja; sea lo que quiera de la lucha de capitalistas y obreros, yo soy hombre para no meter en la boca un pedazo de pan, aunque reviente de hambre, sin estar seguro de que lo he ganado honradamente...

He trabajado toda mi vida, desde que tuve uso de razón. Yo no pido ocho horas de trabajo, porque no me bastan para la tarea inmensa que tengo delante de mí. Yo soy un albañil que trabaja en una pared que sabe que no ha de ver concluida, y tengo la seguridad de que cuando más alto esté me caeré de cabeza del andamio. Yo trabajo en la filosofía y en la historia y sé que cuanto más trabajo me acerco más al desengaño. Huyo, ascediendo, de la tierra, seguro de no llegar al cielo y de precipitarme en

un abismo... pero subo, trabajo. He tenido en el mundo ilusiones, amores, ideales, grandes entusiasmos, hasta grandes ambiciones; todo lo he ido perdiendo, ya no creo en las mujeres, en los héroes, en los *credos*, en los sistemas; pero de lo único que no reniego es del trabajo; es la historia de mi corazón, el espejo de mi existencia; en el caos universal yo no me reconocería á mi propio si no me reconociera en la estela de mis esfuerzos; me reconozco en el sudor de mi frente y en el cansancio de mi alma; soy un jornalero del espíritu, á quien en vez de disminuirle las horas de fatiga, los nervios le van disminuyendo las horas de sueño. Trabajo á la hora de dormir, á obscuras, en mi lecho, sin querer, trabajo en el aire, sin jornal, sin provecho... y de día sigo trabajando para ganar el sustento y para adelantar en mi obra... Yo no pido emancipación, yo no pido transacciones, yo no pido venganzas... Desde los diez años, no ha obscurecido una vez sin que yo tuviera tela cortada para la noche que venía: siempre mi velón se ha encendido para una labor preparada; hasta las pocas noches que no he trabajado en mi vida, fueron para mí de fatiga por el remordimiento de no haber cumplido con la tarea de aquella velada: De niño, de adolescente, trabajaba junto á la lámpara de mi madre; mi trabajo era escuela de mi alma, compañía de la vejez de mi madre, oración de mi espíritu y pan de mi cuerpo y el de una anciana.

Eramos tres, mi madre, el trabajo y yo. Hoy ya velamos solos yo y mi trabajo. No tengo más familia. Pasará mi nombre, morirá pronto el recuerdo de mi humilde individuo, pero mi trabajo quedará en los rincones de los archivos, entre el polvo, como un carbon fósil que acaso prenda y su fuego algún día al contacto de la chispa de un trabajador futuro... de otro pobre diablo erudito como yo que me saque de la obscuridad y del desprecio...

—Pero á tí no te han explotado, tú sudor no ha servido de sustancia para que otros engordaran... interrumpió el cabecilla.

—Con mi trabajo, prosiguió Vidal, se han hecho ricos otros; empresarios, capitalistas editores de bibliotecas y periódicos; pero no estoy seguro de que no tuvieran derecho á ello. No me queda el consuelo de protestar indignado con entera buena fé. Ese es un problema muy complejo: está por ver si es una injusticia que yo siga siendo pobre y los que en mis publicaciones solo ponían cosa material, papel, imprenta, comercio, se hayan enriquecido.

No tengo tiempo para trabajar indagando ese problema, porque lo necesito para trabajar directamente en mi labor propia. Lo que sé, que este trabajo constante, con el cuerpo doblado, las piernas quietas, el cerebro bullendo sin cesar, quemando los combustibles de mi sustancia, me ha aniquilado el estómago; el pan que gané apenas lo puedo digerir... y, lo que es peor, las ideas que produzco me envenenan el corazón y me descomponen el pensamiento.. Pero no me queda ni el consuelo de quejarme, porque esa queja tal vez fuera en *último análisis*, una puerilidad... Compadecedme sin embargo, compañeros míos, porque no padezco menos que vosotros y yo no puedo ni quiero buscar remedio ni represalias; porque no se si hay algo que remediar, ni si es justo remediarlo .. No duermo, no digiero, soy padre, no creo, no espero... no odio... no me vengo... Soy un jornalero de una terrible mina que vosotros no conoceis, que tomariais por el infierno si la vierais y que sin embargo, es acaso el único

cielo que existe... Matadme si quereis, pero respetad la biblioteca que es un depósito de carbón para el espíritu del porvenir...» La plebe como siempre que oye hablar largo y tendido, en forma oratoria, callaba, respetando el misterio religioso del pensamiento oscuro, deidad idolátrica de las masas modernas y tal vez de las de siempre...

La retórica había calmado las pasiones; los obreros no estaban convencidos, sino confusos, apaciguados á su despecho.

Algo quería decir aquel hombre.

Como un contagio, se les pegaba la enfermedad de Vidal, olvidaban la acción y se detenían á discurrir, á meditar, quietos.

Hasta el lugar, aquellas paredes de libros, les enervaban. . Han tenido algo del leon enamorado que se dejó cortar las garras.

De pronto, oyeron ruido fuera. Tropel de soldados subía por la escalera. Estaban perdidos. Hubo una resistencia inútil. Algunos disparos; dos ó tres heridos. A poco, aquel grupo extraviado de la insurrección vencida, estaba en la cárcel. Vidal fué entre ellos; codo con codo; en opinión, terrible y poderosa opinión del jefe de la tropa vencedora, áquél señorito tronado era el capitán del grupo de anarquistas sorprendido en la biblioteca. A todos se les formó consejo de guerra como era regular. La justicia sumarísima de la Temis marcial fué ayudada en su ceguera por el egoísmo y el miedo del verdadero cabecilla y por el rencor de sus compañeros. Estaban furiosos todos contra aquel *traidor*, aquel *policia secreto* ó lo que fuera que les había embaucado con sus sofismas, con sus retóricas y les había hecho olvidarse de su misión redentora, de su situación, del peligro... Todos declararon contra él. Si, Vidal era el jefe. El cabecilla salvaba con esto la vida, porque la misericordia en estado de sitio decretó que la última pena solo se aplicara á los cabezas de motin; á esta categoría pertenecía sin duda Vidal; y mientras el que quería discutir con él las bases de la sociedad, el cabecilla verdadero, quedaba en el mundo para predicar, é incendiar en su caso, el pobre jornalero del espíritu, el distraído y erudito Fernando Vidal pasaba á mejor vida por la vía sumaria de los clásicos y muy conservadores *cuatro tivitos*.

Clarín

1.º de Junio 93

(Prohibida la reproducción)



TRADUCCION DE BALAGUER

Me parece imposible!... Es tan extraño
Que á no verlo creyéralo mentira,
Cual si nada pasase, hombres y coches
Por la ancha calle sin cesar transitan.
Nadie en nada se fija, el mundo calla...

El sol es como el sol de cualquier día,
Tiene el cielo el color que tuyo siempre,
Nadie me abraza, ni habla, ni me mira...
¡Oh nécios que no saben
Que hoy eila me dió cita!

Emilio Alvarez Gimenez

Á UN ACTOR CÓMICO

viene á ver una funciòn,
sainete, drama ó comedia.
¡Ese!! señala al momento,
un joven de gran melena,
que asiste á todas las obras
si es que le dan contraseña.

El que tal pregunta hace,
—que suele ser muy babieca—
se acomoda en su butaca,
tose, escupe, gargajea,
y como se halla dispuesto
á que el actor le divierta,
y á que todo lo que añade,
lo añada por propia cuenta,
si aquel dice «¡Buenas noches!»
Con voz natural y entera,
¡Jesús que chiste notable!

—murmura el de la luneta,—
Así los éxitos crecen,
y así según por mi cuenta,
con mucha ó con poca gracia,
con voluntad ó sin ella,
te aplauden los que no entienden,
y te silvan los que asientan
que hoy en baja está Talia,
mientras que Euterpe bravea
de un alarde de fortuna,

¿Cuál es el gracioso? exclama
aquél que por vez primera
—por supuesto, pasajera—
pero que entretanto vive,
y derrota á la comedia;
sobre todo en ciertos pueblos,
donde prefieren «*La Vieja*»
á un drama de Echegaray,
ó á una producción de Serra.
Como el siglo es filarmónico,
nos encanta la zarzuela
y por eso los actores
como tú, mientras se esfuerzan
en sublimizar su oficio
y en hacer reir las piedras,
tan solo del que no entiende
alcanzan exigua muestra.
Esto no quiere decir,
que en cierto pueblo prefieran
las obras en que una tiple
al tenor, que va á la guerra,
le dice cantando «*addio*»
llena de duelo y tristeza.

Si ese pueblo no te aplaude,
no es porque no lo merezcas;
es porque aun tiene en la sangre
el virus de la zarzuela.

Juan Neira Canela

LOS PECADOS CAPITALES

V.—Á UN GASTRÓNOMO

SONETO

¡Carnívoro animal! ¡oh tigre hambriento
que no encuentras placer no estando ahito!
No tener un estómago infinito
es tú pena mayor, tú cruel tormento.

Abotargado siempre y soñoliento
después de satisfecho tu apetito,
no eres un sér humano: tu delito
borra en tí toda idea ó pensamiento.

Si por tan sólo un plato de lentejas
vendió Esaú su primogenitura
á su hermano, ¿no es cierto que tú dejas
en caso semejante tú alma impura?

¿No contestas?... ya sé de qué te quejas:
Comer no puedes en tú sepultura.

Marcelino Gors Martínez



CANTARES

Es mi camino en el mundo
á juzgar por lo que ando,
cuesta arriba en esperanzas,
cuesta abajo en desengaños.

Para evitar que me maten
los rayos de tus miradas
voy á mandar que me pongan
pararrayos en el alma.

Cada vez que paso y miro
y no estás á la ventana,
me dan ganas de romper
los cristales á pedradas.

F.

Una errata importante dejó de mala manera el terceto final del soneto de Labarta, *Un cargo á Noé*, que publicó esta revista en el anterior número.

El penúltimo verso aparece así: «que hoy, gracias al chanchullo», debiendo decir: «que hoy, gracias al chanchullo cometido», pues ese es el verso tal como Labarta lo escribió.

Bien se podría suponer en este caso como en otros muchos, que «el buen sentido de nuestros lectores habría subsanado», etc., etc.; pero con eso y con todo no estará

demás el explicar la errata, así, clarita.

—#—

Pablo López tuvo llenos,
Y Vico tuvo... vacíos.
¡Cómo está el gusto, señores,
completamente perdido!

—#—

Como aquí sabemos armonizar las aficiones taurinas con los buenos sentimientos, no falta quien trata de organizar para último de mes otra novilladita cuyos productos se destinarán á los pobres de esta capital.

No es cosa fácil saber quienes son los pudientes y quienes los menesterosos, aquí donde somos muchos los que vivimos «sobrellevando dignamente la desgracia».

Pero en fin, nos queda un consuelo.

Un dia iremos á comprar el billete para la novillada benéfica, en calidad de filántropos.

Y al siguiente nos presentaremos á reclamar lo que nos corresponda, en clase de *méndigos*.

—#—

—¿Ha visto usted *Miss Helyett*?
—Sí, la ví.

—Pues de ese modo puede asegurar usted que ya lo ha visto usted... *todo*.

—*—

Ha dicho un periódico de Santiago que se trataba de organizar en Pontevedra un centro regionalista. No sabíamos nada. Pero en fin, pase.

Somos varios los que tenemos tanto amor á la tierra como cualquiera y que «gozamos con sus alegrías y lloramos con sus tristezas», pero la noticia del centro regionalista no nos emocionó.

La verdad, si á lo que se tira es á seguir la huella de los catalanes, preferible será que prescindamos de ese centro.

Ahora acaban de dar un manifiesto los catalanistas que parte los corazones.

Piden que en las sesiones de los Ayuntamientos se hable en catalán, que los bandos sean en catalán, que se rece en catalán y que se traduzca al catalán el P. Astete...

Yo creo que lo que los españoles necesitamos es comer... aunque en buen castellano sea dicho.

Y para este fin no hemos de ir

ganando gran cosa con el nuevo centro.

—*—

En ausencia de Labarta me puse á versificar, y cada verso me sale un camino vecinal.

SUMARIO

Texto.—*Luis R. Seoane.*—*Crónica de la semana*, por José G. Acuña.—* por Juan Barcia Caballero.—*El jornalero*, por Clarín.—*Traducción de Balaguer*, por Emilio Alvarez Gimenez.—*A un actor*, por Juan Neira Cancela.—*Los pecados capitales*, por Marcelino Sors Martínez.—*Gránulos.*—Una nota importante.—Anuncios.

Grabados.—Retrato de D. Luis R. Seoane, de fotografía directa.—*Variadas.*

CONTRIBUCION INDUSTRIAL

Y DE COMERCIO. Reglamente y Tarifas de abril último. Libro indispensable á todo contribuyente. Madrid 1'50 pesetas. Provincias, 2.

MANUAL PARA EL USO DEL TIMBRE, según la nueva ley, 50 cènts. Obra utilísima para funcionarios, industriales y particulares. *Arco de Santa Maria, 4, imprenta*

PONTEVEDRA.—IMP. DE A. LANDIN

UNA NOTA IMPORTANTE

Imposibilitado el Director del EXTRACTO DE LITERATURA D. Enrique Labarta Pose, de consagrarse con la asiduidad que la labor demanda al cuidado de esta revista, porque no se lo consiente su delicado estado de salud, se ha encargado de la Dirección y Administración de la misma D. Torcuato Ulloa, en tanto que el Sr. Labarta no se halle en condiciones de volver á las tareas activas.

Rogamos, por tanto, encarecidamente á los señores suscriptores, colaboradores y corresponsales del EXTRACTO, que á partir de esta fecha dirijan la correspondencia literaria y administrativa, reclamaciones etc., al Director accidental, Torcuato Ulloa, Santa María 6.—Pontevedra.

ANUNCIOS

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —

DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
" " semestre,
3'50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
" " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, diríjase á
D. **Enrique Labarta**, FERIA 38—PONTEVEDRA.

ENRIQUE LABARTA

UN CAFÈ FLAMENCO EN GALICIA

A MI ALDEA

Sátira de costumbres contemporáneas

(POESÍAS PREMIADAS)

Se halla de venta este libro al precio de **50 céntimos** en casa del au-
tor, feria 38, Pontevedra.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.